

## INFORMACION BIBLIOGRAFICA

**Eleuterio Elorduy, S. I.: LA MORAL DEL CREYENTE.  
UNIDAD Y FRATERNIDAD (\*)**

Una obra de moral siempre versará sobre la bondad o malicia de los actos humanos; pero dentro de este objeto esencial y común, cabe la posibilidad de múltiples y variadas características que tipifiquen con inconfundible precisión un determinado tratado sobre la materia.

Y esto es lo que sucede con "La Moral del Creyente", Universidad de Deusto, 1979, del padre Eleuterio Elorduy, alma de la Sociedad Internacional Francisco Suárez, que, como fruto del trabajo de tal autor, huelga decir que lleva, desde su concepción a sus conclusiones, la personalísima impronta de una obra original.

Hablar de Elorduy es hablar de Francisco Suárez, y de Tomás de Aquino, y de Aristóteles y de los estoicos, y de la evolución y matizaciones que el pensamiento humano ha ido incorporando a su historia; y que el autor no es capaz de pasar por alto, sin ahondar profundamente en dichos o hechos de los que sacará siempre datos de interés para los que vemos menos, pero nos interesamos por este saber.

Y esas "nova et vetera" sacadas como por el escriba evangélico de sus tesoros, nos colocan ante los ojos en este libro un amplio panorama, en el que resulta singular y característica la esencia de lo moral, el sujeto creyente que se estudia, la sistematización del proceso seguido, el método que en este proceso se emplea, y la finalidad con él intentada.

Tal finalidad, inspiradora de toda obra, creemos resumirla con palabras del autor en uno u otro pasaje, si decimos que se trata de proponer a los moralistas no católicos la moral del creyente católico de modo más apto para su estudio. Más apto, porque como ya señaló Balmes en *El Criterio*, es inverso el proceso lógico de quien investiga respecto del de quien enseña; y mientras el teólogo enseña moral ya sistematizada con arreglo a los principios de la fe

---

(\*) Bilbao. Archivo Suareciano. Universidad de Deusto, 1979, 220 páginas.

revelada, el creyente busca vivencialmente lo para él incógnito, más que asiste a lo para otros ya sabido, sistematizado y dado por cierto.

Método éste nuevo y menos cultivado, se propone como más necesario hoy. Las novedades traen consigo sorpresas y dificultades que superar. Nada menos que en el apostólico concilio de Jerusalén, registrado en el capítulo XV de los Hechos, se estudian ya éstas con asistencia de observadores judeo-cristianos, como la comida de manjares prohibidos en la Ley mosaica, práctica que pronto caería en desuso.

Pero la moral del creyente, propiamente hace su aparición en la época del concilio de Trento, presentando la moral humana con nuevas perspectivas creyentes y católicas, presentables a observadores de otras confesiones o creencias, como ocurre con el Principio y Fundamento de los Ejercicios ignacianos, que plantea a todos el hecho de la creación del hombre realizada por Dios. San Ignacio abordó el tema no con preocupaciones psicológicas —propias del psicoanálisis—, sino desde el punto de vista del hecho escueto de la creación, realizado exclusivamente por Dios sin dirigir al hombre pregunta alguna, y sometiéndolo a la soberanía del Primogénito de toda criatura, Cristo, Dios y Hombre. A este punto de vista responde el Principio y Fundamento ignaciano (llamado por el autor base de la moral del creyente), que una generación más tarde había de sistematizar Suárez, partiendo del hecho de que en la creación divina no sólo se incluye el universo cósmico y la dogmática derivada de ese aspecto de la Providencia física, sino también el universo moral regido por la Providencia moral de Dios, implícitamente contenido en la Escritura y en la tradición.

Ambos aspectos de la Providencia, captado incluso el moral aun por los no creyentes, son el presupuesto originario de todo sentido de responsabilidad, religiosidad y moralidad, que se va despertando en las primeras etapas de la vida, y que la moral humana y del creyente tiene como objeto suyo primario.

La relevante parte que el autor atribuye a Suárez en la sistematización de la moral del creyente, le hace tenerle presente y recurrir a él como Elorduy sabe hacerlo en los pasajes cruciales del trabajo.

Y esta misma táctica se da como la seguida en la presentación de la moral del creyente por el último concilio ecuménico, al invitar a observadores de otras creencias a conocer el fondo doctrinal y vivencial del catolicismo.

Así, es lógico, que en el Vaticano II se hayan evitado, por ejemplo, "aspectos conflictivos de la tradición, que estuvieron en primer plano en el Tridentino, época en la que la Teología moral

tomó un rumbo adecuado a las necesidades del momento, hoy desplazadas por el modernismo actual que afecta a todos".

Tal es el intento de la moral del creyente en su finalidad pastoral, y consiguientemente el método por ella impuesto. Así queda excluida la posibilidad de clasificarla dentro de la moral autónoma de Kant, por una parte; y, también, al partir de la fe en Dios revelante, con Cristo mediante la regeneración bautismal, se aparta de la ética heterónoma "estudiada en la Teología moral" —dice el autor—, cuando la Teología moral se concibe como una preceptiva incompleta, y no dimanante "de los principios de la fe revelada".

De este modo es concebida la moral del creyente, al tiempo que como reacción contra el naturalismo, agnosticismo y relativismo ético de la moral de la situación, reacción también contra el desprestigio progresivo de la moral aristotélica, que expresamente es llamada antiprovidencialista en esta obra, condenada ya por la Universidad de París a fines del siglo XIII, y rehabilitada después por el aristotelismo cristiano de Suárez y sus seguidores.

Establecidas las coordenadas dichas como orientadoras de la obra, desarrolla Elorduy toda una moral individual y social, política, económica, cristiana, encerrada en treinta y un capítulos un tanto sistematizados, en que se alterna lo abstruso con lo ameno, lo elevado con lo ingenuo; existe oportunamente lo pastoral, y aun lo piadoso; y vemos siempre lo sugerente y lo aleccionador a través de puntos de vista nunca privados de interés.

Amaneradas parecen, a veces, a los que no calamos tan hondo la sistematización o las consecuencias de datos históricos que analiza. El mismo autor parece estar de acuerdo con nosotros en que cuanto más vital es un asunto, menos clasificable en un sistema resulta. Y hasta dice que el creyente, para formarse personalmente el dictamen de su conciencia "ha de tener en cuenta" la ciencia de lo moral estudiada en la Etica filosófica general y en la Teología moral; estudio —añadimos—, esencial y acabadamente sistematizado.

En conclusión, se trata de un intento pastoral, científicamente realizado, con esperanza de una mayor eficacia; lo que lleva a insistir metodológicamente en lo vivencial que al creyente le ofrece la existencia de un Dios creador, que le ha puesto como realizador libre de un predeterminado orden moral bajo la guía de Cristo el Hombre-Dios. Y, conclusión también, el beneficioso contacto con un impenitente estudioso de estas ideas, que tanto enseña siempre al que lo escucha, como lo es el padre Elorduy.

AGUSTÍN ARREDONDO, S. I.